

fácil asimilación: he aquí los únicos preservativos contra ese mal congioso de que he visto aquejados á mis compañeros de viaje, y del que todos sufren, resecado el gaznate por el polvillo de carbón y el que se levanta de la vía.

Otra condición de la vida en verano sería modificar el traje, particularmente el de los hombres. Estos infelices, de quienes ha decretado la moda que no pueden sentir calor como lo sienten las mujeres, y que bajo temperaturas de Africa han de ir con su cuello tieso y su ropa de paño, son víctimas de su propia ley, pues ellos decretaron, por boca de elegantes gomosos y sastres de moda, que han de conservar á toda costa la corrección de la indumentaria. Sería más conforme á la naturaleza que pudiesen envolverse en batista ó foulard; pero están ofrecidos á la lana, y lana gruesa y forrada además de fuertes géneros de cruzado de algodón; y por debajo de las prendas de lana, sobre el pecho, que cubre el chaleco, llevan una camisa planchada que parece de cinc barnizado, y á veces una camiseta de punto... Sólo con pensar en ponerse todo eso, se experimenta sensación de asfixia.

¿Por qué no viste el género humano enteramente con arreglo á las estaciones? ¿Por qué, sin ofensa del pudor, salvando las exigencias de honestidad reclamadas por la cultura, no adopta un traje que deje la respiración libre, el cuerpo desembarazado, los movimientos fáciles? ¿Por qué la bata — todo lo elegante que se quiera, como las de la época de María Antonieta y de la Recamier — no se adopta para las mujeres? ¿Por qué el hombre no usa, en agosto, el racional, el cómodo traje de los marineros? Somos tan descuidados de la higiene; atendemos tan poco á las primeras necesidades de la vida, que en los barcos de guerra el oficial no suelta el uniforme de paño, mientras sus subordinados van limpios, á gusto y con una silueta mucho más airosa, dentro de la planchada camiseta.

En estos países más ó menos meridionales, no nos damos cuenta de que no podemos vestir á la inglesa. En mi departamento iba una señora, que llevaba escrito en el moreno cutis, en la corta estatura, en las redondas formas, que había nacido á regular distancia de la pérfida Albión. Un bozo pronunciado sombreaba sus labios, y su acento meloso y nasal la denunciaba — á pesar de hablar francés con corrección — por portuguesa. Esta señora reproducía un figurín de Oxford Street. Desde la bota de cuero naranja con suela saliente y el terno de flexible mezclilla algo peluda, hasta la pechera de color terminada por exagerada tirilla blanca y la corbata y cinturón de piel cerrado por recio broche, no le faltaba á la dama aquella ningún requilorio. Como la corrección, en viaje, prohíbe quitarse el velo, ella conservaba el suyo, espeso y bordado, sobre las mejillas, en que el sudor brillaba. ¡Desventurada señora! A pesar del velo, de los guantes, de la pechera atirantada, del *costume complet* masculino, de la corbatita con su interrogante de brillantes y rubíes, del sombrero de paja marrón que adornaba un ala de *lofóforo*, yo me la figuraba con sayas de zaraza, despechugada, en una hamaca brasileña, que columpia un *preto*, mientras otro hace aire con un abanico de hojas de palma.

En cambio, una inglesa que saltó en el departamento en Biarritz, era acabado modelo de esa ideal compostura y esa aparente indiferencia ante las molestias y el calor, que hace á la raza británica tan á propósito para recorrer el mundo sin fatigarse ni retroceder nunca. Blanca como el armiño y sonrosada como una concha de Venus; delgadita y alta, lisa de espaldas y rasa de pecho; con el pelo rubio claro atusado cuidadosamente, la inglesa, después de haber colocado al primor sus trastos en la red, una maletita cerrada por sólido correa y una de esas fundas de lona pintada de ocre que sirven de envoltorio á los paraguas y sombrillas, se sentó con naturalidad, y del saquito de mano, que no había soltado, sacó un libro de Rudyard Kipling. El tren cuneaba, el polvo sofocante metíase por las ventanillas y depositaba su cenital grisiento sobre nuestras caras y nuestros trajes; el calor era horrible; las estaciones desfilaban con la monotonía de la fatiga..., y la inglesa, seria, recogida, reclinada en el ángulo del vagón, continuaba rumiando su sueño imperialista, su sueño de dominar el mundo, fomentado por la lectura del ilustre partidario del triunfo definitivo y absoluto de la Gran Bretaña..

Ya que estamos en agosto; que respiramos fuego; que la política duerme y la sociedad se dispersa, ¿por

qué no hemos de hablar de un santo? Su fiesta se celebra en este mes y su recuerdo parece que aumenta las sensaciones abrasadoras de la rigurosa canícula. La vida contemporánea, en efecto, para muchos es viajar, para otros rezar y pensar en las realidades de ultratumba; y los santos nunca *pasan de moda*, aunque en la devoción hay sus modas también.

El santo que ahora recuerdo es un mártir, y un mártir que sucumbió por el fuego: pensando en tal hecho histórico, nos estremecemos, aun estando á 41 grados y sintiendo que se nos arde la sangre en las venas. Tal efecto nos produce la hermosa leyenda áurea del aragonés Laurencio, que confesó á Cristo en el tercer siglo de la iglesia.

El que lee las Actas de este mártir, adivina dónde nació. Sólo un aragonés podría vivir así, y aun cuando los cordobeses y los valencianos se empeñan en hacer suyo á San Lorenzo, es pretensión vana. San Lorenzo sólo pudo ver la luz del día en Huesca ó en Zaragoza.

Lorenzo era muy joven cuando emprendió el viaje de Roma, foco entonces de la propaganda cristiana. En aquel tiempo se podía decir de Roma y de su Coliseo lo que un papa al emperador de Alemania que le pedía reliquias: el papa se bajó, recogió un puñado de polvo y se lo entregó al emperador exclamando: «Tomad: aquí hasta el polvo es santo.» San Sixto, el papa que entonces ocupaba la silla de San Pedro, ordenó de diácono al joven aragonés. Lorenzo guardaba y custodiaba las vestiduras, los vasos sagrados y el fondo de limosnas que la iglesia repartía entre los pobres.

Apenas se encargó de este grave y delicado ministerio, alzóse la persecución. Las persecuciones no han sido, como muchos creen, un fenómeno constante desde que los poderes, en Roma, empezaron á combatir el cristianismo: fueron, por el contrario, accesos ó rachas de violencia, alternando con épocas de relativa paz. Había emperadores feroces y sanguinarios, y otros que se preciaban de transigentes, y dejaban á los cristianos vivir á su guisa y practicar libre, si no públicamente, las ceremonias de su culto. De este número, de la clase de los tolerantes, parecía Valeriano, aquel guerrero César que desbarató los ejércitos de los godos y que con tal energía se opuso á la irrupción de los bárbaros. Valeriano trataba á los cristianos afectuosamente; entre los servidores de palacio contábanse á docenas, y algunos desempeñaban los más elevados cargos cerca de la persona del emperador. Pero Macriano, que aspiraba al Imperio y sólo logró la tiranía, con el prestigio del militar arrojado y del compañero de armas valerosísimo, incitó al César á renovar crueldades ya algo caídas en desuso.

San Sixto fué el primero á quien prendieron; Lorenzo, al saberlo, corrió á ofrecerse al sacrificio. El papa le encargó de distribuir entre los pobres el dinero de que era depositario, y ocultar y salvar los vasos y ornatos del culto. Al oír hablar de tesoros, se creyó que Lorenzo custodiaba caudales inmensos. Le ordenaron entregar y presentar sus tesoros sin tardanza, y él presentó los pobres, los míseros andrajosos socorridos. «Estas son — dijo — las riquezas de los cristianos.» Fué azotado, desencadenado en el potro, sometido al suplicio del *escorpión*, que despedazaba lentamente las carnes; y entretanto Lorenzo repetía: «Soy cristiano... y soy ibero.» Ya por último, cansados de atormentar aquel cuerpo recio, juvenil, vigoroso, aparentemente insensible al dolor, idearon tostarle á fuego lento.

Debajo de la parrilla descomunal, las encendidas ascuas sostenían el calor necesario para que el cuerpo se achicharrase poco á poco. La piel se abría, ennegreciéndose y retostándose; la grasa se liquidaba; crujían los huesos á la acción del fuego, que los acariciaba con horrenda caricia. Y Lorenzo, el aragonés, decía á los que le miraban asarse: «De este lado ya estoy bien; que me vuelvan del otro.»

No sé por qué — ó mejor dicho, lo sé, aunque difícilmente lo definiría — este santo mártir, cantado por nuestro gran poeta Prudencio, ejerce sobre mi fantasía acción extraordinaria. Es que veo en él el símbolo, la encarnación del carácter nacional, en aquellos siglos de gloria en que erigíamos la enorme parrilla de granito que se llama el monasterio escorialense.

Y la simpatía hacia San Lorenzo es tal, que por haber sido Valeriano su perseguidor, me alegro de que Sapor, rey de Persia, le venciese, le hiciese despellejar de arriba abajo, como quien vuelve del revés un guante, y tiñendo previamente de rojo su piel, le colgase á la puerta del templo, para escarnio del poder de Roma.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LA VIDA EN VERANO. — CUESTIÓN DE ROPA

SAN LORENZO MÁRTIR

El tema que propuso para uno de sus últimos concursos *El Liberal*, «La vida en verano», encierra una de las más fáciles y difíciles charadas que al ingenio español se le habrá encomendado descifrar. Para descifrarla de cualquier modo, sirve cualquiera; pero si se van á condensar en un artículo los preceptos de la higiene veraniega, ¡qué substancioso artículo habrá que escribir!

La vida en verano, á decir verdad, sería lo mismo que la vida en invierno, si en verano no hiciese calor. Ya sé que parece perogrullada; y sin embargo, no todos se fijan en que resume sucintamente la fórmula del artículo sobredicho: una cuestión de temperatura. En los países donde no quema el sol, se vive tan ricamente durante la canícula, sin precaución higiénica ninguna; sin abanico siquiera.

Donde el rubicundo Febo..., etc., hay que pensar en precaverse, lo primero de todo, contra un achaque natural: el afán inmoderado de beber. Esta costumbre es la que debe combatirse, en primer término porque trae fatales consecuencias. En viaje, el ansia de remojarse la garganta adquiere caracteres febriles. He observado estos días, en las estaciones recorridas desde Galicia hasta París, que la gente se precipita sobre el agua como el ciervo perseguido y alterado se arroja á la charca. Los botijos corren que es un portento. Las aguadoras hacen — nunca con mayor exactitud se usó el modismo — su agosto.

El mejor consejo que podría dárseles á los sedientos sería el de resistir la sed. Los daños del verano son hijos del agua, en su abuso interno (el externo es recomendable y menos frecuente, por desgracia). Convertido en filtro el cuerpo, bebe lo que suda y suda lo que bebe. Y esa agua que se echan al coleteo, cruda y desazonada, llena de microbios, no calma la necesidad de frescura húmeda que se experimenta; más bien la irrita y recrudece. El agua recogida Dios sabe donde; procedente quizás de pozos ó pantanos; tomada acaso de un río, no lejos del remanso en que se lavan las inmundicias de una aldea ó de un villorio, puede comunicar el tífus, las calenturas malignas y la colerina estacional. En este capítulo, como en otros muchos, la cuestión de salud puede ser meramente cuestión de dinero. El que se lleve consigo unas botellas de agua mineral, en el viaje, quizás se evita el mayor riesgo de los que entran por la boca y pueden dar al traste con la vida.

Beber la menos agua posible; y si se bebe, que no vaya sola, sino acompañada del sabroso y fino azucarillo español ó de la empalagosa, pero sedante, flor de azahar francesa; mejor todavía de unas gotas de coñac ó ron del superior y añejo; preferir la bebida *caliente*, única que apaga la sed, á la bebida *fría*, que la exaspera, y comer sin gula ni exceso alimentos de